



Miguel Ángel Flores: la fidelidad a la imagen

Bernardo Ruiz

...y la espiral de la línea
oculta la palabra del profeta...
LABERINTO, 1978

REMONTA EL TIEMPO HACIA LOS DÍAS JÓVENES DE 1978, cuando el sol de la estación florida se empeñaba en atisbar por las tardes entre los ventanales del edificio L de la unidad Azcapotzalco de la Universidad Autónoma Metropolitana. Ahí, en un cubículo con iluminación fluorescente, un profesor —al filo de sus treinta años— se inclina sobre su manuscrito para ajustar unos versos:

Muro entre dos aguas
qué arcilla habrá
de soportar tales embates

versos que son, de hecho, los inaugurales de *Laberinto*, poema inicial que perfila el sentido de su trabajo. Desde entonces, las preocupaciones de Miguel Ángel Flores (Ciudad de México, 1948) tienen como uno de sus temas principales el continuo combate entre las obras humanas y la impiedad del tiempo; la belleza y la desilusión, y como referentes inmediatos los libros proverbiales y sapientes de la Biblia, los libros de Ezra Pound, la admiración por Octavio Paz, el gusto por los textos canónicos de Eduardo Lizalde y la admiración por Eliot.

Privilegian la inteligencia y capacidad analítica de Miguel Ángel Flores una curiosidad sin límite por las cosas del mundo: la economía, la historia, la naturaleza humana, los lenguajes, las religiones y las ideologías, entre otras materias, y —se descubre con su lectura— la profunda sensibilidad que le permite una capacidad de evocación poco frecuente en nuestras letras. No extraña por ello que su segundo libro *Contrasuberna* fuera merecedor del Premio Nacional de Poesía Aguascalientes, en 1980.

Cabe recordar que “contrasuberna” es un término provenzal que describe el ir contra la marea, remontar la corriente, lo cual es una constante

en el trabajo de Flores, quien ha buscado siempre rebelarse contra todo conformismo, y como Whitman, como Ezra Pound, opone como contraprecio su libertad y entereza por elevar el espíritu, al modo de los humanistas ejemplares de la historia, donde él encuentra la única justificación vital, y donde —intuye— radica la auténtica sabiduría.

No se mal comprenda: debe subrayarse siempre que la personalidad y el trabajo de Flores se proyectan en una obra de claros matices y atractivas intensidades; se encuentra siempre en su persona un gran sentido del humor y una afilada ironía, que se proyecta como esas lunas cimitarras que vislumbran sus versos de *Sentimiento de un accidental*, de 2013. Igualmente, puede considerársele un discípulo magnífico del poeta latino Marcial, en cuanto a habilidad epigramática e ingenio.

Mucho debe la literatura mexicana, y mucho debemos los lectores a Miguel Ángel Flores, quien sin dejar a un lado su poesía, ha empeñado largas temporadas de su vida a traducir e investigar respecto a un amplio número de escritores, entre ellos: Leopold Sedar Senghor, Wallace Stevens, Fernando Pessoa, Paul Claudel, Eugénio de Andrade, Joseph Brodsky, Carlos Drummond y, recientemente, la publicación de una vasta antología de poetas en lengua portuguesa, conjunto sorprendente, que forman parte de la amplia nómina de poetas a los que ahora se tiene acceso en español, gracias a su trabajo. No hay duda, por ejemplo, que *Los momentos críticos*, de Alí Chumacero, se recopilaron y editaron por la dedicación, empeño y esfuerzo de Flores, para ofrecer, como él mismo afirma, una gran lección de literatura.

En contraste, conforme su trabajo se ha multiplicado, Flores ha ido condensando su biografía. A la manera de Wallace Stevens, coincide con él en cuanto a afirmar que “los hechos en la vida de un poeta son

asuntos vulgares”, lo que por momentos hace difícil tener noticia de su amplia trayectoria. En un mundo que rinde culto a la personalidad, es ésta la confirmación de que, entre sus valores, ir contra la corriente es afirmar la permanencia e importancia de la poesía. Recuerdo por ello de *Contrasuberna* a “Epitafio”:

Tú que eres ahora toda la hermosura
en las calles de México
serás sólo un nombre
entre los versos del poeta.

O quizá nada.

Por ello, es justo recordar hoy los poemarios de Flores, después de *Contrasuberna: Saldo Ardiente* (1985), *Erosiones y desastres* (1987), *Sombra de vida* (1987), *Umbral y memoria* (1991) *Isla de invierno* (1996), *Himno entre la luz* (2003), *Pasajero de sombras* (2007) y *Jardín atlántico* (2008); si bien muchos de ellos son difíciles de encontrar.

A fines de 2012, recibí un volumen magnífico en cuanto a edición y cuidado, *Yo, cuervo*, que publicó la colección Numen, dirigida por Valentín Almaraz. Miguel Ángel Flores firmaba el ejemplar, y autografió el volumen. *Yo, cuervo* es una serie de sesenta y ocho poemas que buscan tanto la brevedad como la contundencia.

Por lo general, se piensa que la imagen y la presencia del cuervo son parte natural de la simbólica literaria y se soslaya que mucho de este significado, previo a las fábulas, proviene de las imágenes y textos de la alquimia donde el ave representa tanto la materia prima como los pasos inaugurales de la transformación buscada por los iniciados en su afán por obtener la piedra.

Para Flores, el cuervo será un elemento ominoso, que en propia oposición cobrará diferentes características para mostrar en la visión poética su propia

revelación. Por ello será elemento clave para elaborar una serie de metáforas y metamorfosis, donde la luz y su ausencia son, asimismo, estados del alma y del mundo —descrito éste, en el poema inicial como una geografía crepuscular, donde los cuervos llegan—. Se apoderan los cuervos de la naturaleza en silencio, “tarde son de música en blanco”, “Oh, cuervo del mundo en desengaño”, los increpa, y agrega:

Cuervo esquivo al viento
La rama donde muere mi esperanza
Sueña tu paz en estación muriente
Un golpe al sol y llovió muerte
Hiere fruto color sin luz
Hoja triste en vuelo sin alas

Hay una búsqueda estricta en el volumen, propiamente mántrica, que se convierte en sucesivos descubrimientos. A diferencia de aquella poesía descriptiva, tan afín a los poetas norteamericanos, o a la poesía contemplativa, interior, a la que estamos acostumbrados por Villaurrutia, Gorostiza o Cuesta —cuando no a las formas usuales de versificación narrativa—, Flores impone un propio ritmo a cada poema y logra una libertad expresiva, que no exagero al calificar de mitopoiética, aun cuando parte de una serie de elementos intertextuales totalmente clásicos:

El sueño en vestimenta
Sombra suele parir
En un orbe de vértigo y olvido
Oh cuervo de negro lance
Y pico de áspid y veneno

Es razón inútil explicar un poema; bien lo sabe quien lo ha intentado: la mejor manera de aproximarse a un poema es sentirlo, porque la poesía no es argumen-

tación filosófica, sino —dicho en términos de Pablo de Tarso—, es necesario mirarlo “como a través de un vidrio oscuro”: contemplarlo, oírlo, dejar que se manifieste. Vale tanto fijarse en el sentido de cada palabra y que su significado nos conduzca como en la voz de la sibila al interior de su profecía; o bien dejar que la frase, la oración y el verso nos conduzcan a sus territorios. El poeta señala el umbral, acomoda las palabras; pero el poema es el que habla. Notemos por ejemplo este poema que tiene reflejos de Huidobro:

El vientomar
Eo Eo Eo

Aleteo en el mar
Para atracar la noche
En ti

Asimismo, hay señales para comprender qué sucede: qué, cuáles nuevas puertas hay en *Yo, cuervo*, que provienen del bronce de poemas previos, de la fundición de las cenizas de antiguas campanas o de los escudos de guerreros idos.

Borges señalaba que, en nuestra lengua, debería tenerse la capacidad de que algunos sustantivos pudieran conjugarse, verbalizarse; como ejemplo citaba las posibilidades del inglés “*it mooned*” que equivaldría a “luneaba”. Así, en el caso de Flores leo en el “vientomar” la capacidad de sumar sustantivos con acierto, como lo permite el alemán. Un juego de paradigmas, dirían los lingüistas. Pero se puede aún ir más allá, demuestra sin trabas, versátil, la poesía de Flores:

Neblinar del amanecer
Negrea la oscuridad
Y caverna y columna de fuego
Cuervo de pico lúgubre

O bien:

De morada aérea
El nido es memoria
Veta de negro
Insomnia la noche

Decía antes, al vuelo, que Miguel Ángel Flores se distingue por su capacidad epigramática. Lo cual le permite lograr, también, que su lenguaje concentre hallazgos estremecedores, cuya brevedad demuestra la fuerza de su poesía:

Oh pérdida de los reinos
Todo cuanto la luz asesina

Son, sin embargo, estos poemas —percibo— el amplio preámbulo a la gran espiral a la que convoca la contemplación de Miguel Ángel Flores al momento de acercarse al término de su libro. Poemas donde reconoce la naturaleza profética total de su visión en *Yo, cuervo*. Al modo de Juan de Patmos, su horror y estremecimiento son análogos; pareciera que han sido alimentados por el ángel terrible —tan conocido por Rilke— que hace alimentar a los videntes del libro de sabor amargo. Por ello conmueve la plegaria:

Líbrame de tu visión
Arcángel del fuego
Porque tú eres mi espanto
Y mi abismo
Oh cuervo de ti aborrecí
La trama de tu plumaje
Y estoy en tu angustia

Esas visiones finales que componen los cinco poemas que cierran el libro los dejo pendientes para descubrimiento de cada lector. Desearía fueran aliciente para acercarse a un poemario donde brevedad y calidad se alternan en una obra digna de numerosas relecturas. Los lectores más enterados que yo corroborarán que son escasos los textos —y autores— de calidad análoga. Porque, finalmente, la verdadera literatura es entrega, inmolación y sacrificio: “Sed de infinito”, como afirma el *Calígula* de Camus: una invitación para sentir una breve mirada o una caricia de la inmortalidad. ■■■